

1. Literaturas ibéricas: historia y crítica

José Checa Beltrán (ed.): *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert (La Cuestión Palpitante. Los siglos XVII y XIX en España, 19) 2012. 304 páginas.

Masson de Morvilliers, en su artículo para la *Encyclopédie methodique* (1782) se preguntaba qué se le debía a España, “qu’a-t-elle fait pour l’Europe?”. Esta provocadora *boutade* suele citarse para referirse a la poca consideración –incluso desprecio– que la Ilustración francesa (y europea) tenía por España, y que no era más que la continuación en el Siglo de las Luces de la Leyenda Negra antiespañola desarrollada en el continente desde el siglo XVI. Desde que Julián Juderías popularizara la expresión a principios del siglo XX, un buen número de historiadores, tanto españoles como extranjeros –Sverker Arnoldson, Joseph Pérez, William Maltby o Ricardo García Cárcel, por nombrar solo algunos nombres– han dedicado miles de páginas a examinar la Leyenda Negra. Este libro, en cambio, es una aproximación al tema desde el campo de los estudios literarios. De su lectura se obtiene la impresión de que detrás de la mala imagen internacional de España se encontraba el escaso interés que existía por su cultura, más que su desprecio, a pesar de las actividades de algunos hispanófilos para corregir esta ignorancia. El análisis literario aquí presentado es valioso, pero viene acompañado de ciertos inconvenientes interpretativos, al menos desde el punto de vista de un historiador, como es el autor de esta reseña.

Conviene aclarar que el libro no es una reivindicación de las aportaciones culturales españolas durante la Edad Moderna

–como bien deja claro en el primer capítulo Jesús Pérez Magallón, que se muestra además escéptico, como lo hiciera Juan Pablo Forner en el siglo XVIII, de la posibilidad de cambiar una imagen tan incrustada en el imaginario colectivo–, sino que ofrece una mirada que trata de ir más allá del tópico del descrédito mostrado por la Europa de la Ilustración hacia España, para rastrear las visiones positivas que desde el continente se le dedicaron durante el siglo XVIII. No se trata, por tanto, de oponer una “leyenda rosa” (o blanca, o dorada), a la Leyenda Negra.

Que las visiones positivas de España provinieran mayoritariamente de ilustrados reformistas cercanos al poder –aunque no reaccionarios– algunos de ellos religiosos, puede quizá explicar que no hayan ocupado un lugar destacado en la escritura de la historia de la modernidad ilustrada y de la posición que España ocupó en ella, desplazadas por las interpretaciones de los *philosophes*, mucho más críticos con España, y ellos mismos máximos protagonistas del relato del progreso ilustrado del que algunos estaban apartando a España. En los términos que establece el editor del tomo, José Checa Beltrán, la crítica de los *philosophes* hay que entenderla encuadrada en el espacio demarcado por “el nacionalismo, el canon y la ideología”, aspectos que determinaron “su idea de una España fanática, inquisitorial, intolerante y enemiga del progreso”, que les llenó de “prejuicios ideológicos” que “obstaculizaron un verdadero acercamiento a la cultura española” (119). El reparo proviene del hecho de que ni Checa Beltrán ni el resto de los participantes en el libro ofrecen un análisis histórico preciso de estos términos centrales –nacionalismo, canon e ideología– con la excepción del repaso que

Pérez Magallón realiza de algunos estudios clásicos sobre el nacionalismo. Esto da lugar, por ejemplo, a usos descuidados del término “nacionalismo” y a su frecuente empleo como sinónimo de “patriotismo”, un término históricamente más adecuado. Así ocurre por ejemplo en el instructivo capítulo de Miguel Ángel Lama, en el que queda nítidamente reflejada la voluntad de vindicación patriótica que animó a los ilustrados españoles a realizar diversas antologías poéticas, ideadas tanto para “servir de modelo a la juventud estudiosa”, como para ofrecer “una completa e irrefragable apología de nuestro Parnaso, tan injustamente calumniado por los extranjeros”, en palabras del filólogo Pedro Estala citadas por Lama. El historiador echa en falta una problematización (léase historización) de algunos conceptos claves, como la terna ya mencionada, pero también otros controvertidos como el mismo de “Ilustración”, o de fuerte carga conceptual como “progreso” o “identidad”. Checa Beltrán anuncia que este libro es solo el primer paso de un proyecto más amplio, en el que esperamos que puedan ser desarrollados estos aspectos de carácter historiográfico que darían más envergadura a esta estimable revisión de un tema importante.

En su ilustrativa aportación individual Checa Beltrán marca la línea del volumen, desvelando “la existencia de una corriente francesa reconocedora del legado cultural español, coexistente con otra, la de los *philosophes*”. El reconocimiento de las aportaciones españolas a la cultura francesa no es un tema nuevo; Jean-Frédéric Schaub ya desveló “las raíces hispanas del absolutismo francés” durante el Grand Siècle. En cambio, este volumen se centra en el siglo de la Ilustración y en la literatura, aunque con la vista puesta en sus repercusiones políticas, en lo que hoy se definiría como poder blando, es decir, en su participación en la construcción de

hegemonías culturales que acompañan a la política o militar. En cualquier caso, tampoco los *philosophes* fueron tan duros con España como se suele creer, como demuestra Françoise Étienvre en su análisis de la presencia de lo español en la obra de Montesquieu y Voltaire. Especialmente este último procuró siempre ofrecer una equilibrada visión histórica de España, aunque en ocasiones le dedicara duras condenas, no del todo distintas de las que presentaba de otros países, incluida Francia. La abusiva sentencia de Masson de Morvilliers no puede por tanto considerarse como una representación genuina de la opinión general que la Ilustración francesa tenía de España.

Las aportaciones de los especialistas que tratan la querrela que respecto a España y su cultura se vivió en Italia resultan particularmente interesantes. Muchos italianos encontraron en el dominio español la puerta de entrada del mal gusto artístico, así como del fanatismo religioso y de las prácticas despóticas de gobierno. Maurizio Fabbri analiza las refutaciones a estas opiniones llegadas desde plumas españolas, pero escritas en italiano y publicadas en Italia. Muchas de ellas fueron obra de jesuitas expulsados de España, como Javier Llampillas o Juan Francisco Masdeu, que no hicieron más que incrementar la polémica. Pero también hubo italianos y españoles que intentaron calmar los ánimos y “volver a un clima de pacífica discusión y de concordia intelectual” (143), en especial el jesuita valenciano Juan Andrés y el poeta y traductor véneto Giambattista Conti. Ambos coincidían en que “en la base de tantas equivocaciones y animosidades estaban principalmente la ignorancia y la falta de conocimiento del objeto de la contienda, es decir, del patrimonio cultural español” (154). Por su parte, Patrizia Garelli estudia las actividades en defensa de la cultura española llevadas a cabo por

los jesuitas en Italia, centrándose en su producción teatral. A través de estas obras, querían “mostrar (...) al público italiano, y también europeo, no solo los adelantos españoles en el arte dramático, sino también sus progresos políticos, civiles y morales” (163). Adoptando una perspectiva triangular, Manuel Garrido Palazón considera que los italianos mantuvieron por lo general una posición de neutralidad frente a los ataques franceses a España.

El volumen amplía su espectro geográfico con capítulos dedicados a la recepción de la Ilustración española en Alemania, Rumania o Nueva España, y el temático con un brillante análisis del papel de los “materiales paraliterarios” en la formación de la imagen de España a cargo de Fernando García Lara.

En definitiva, la historiografía reciente sobre el siglo XVIII español ha refutado las interpretaciones que presentaban una España monolíticamente atrasada, y se ha interesado en mostrar la vitalidad de la Ilustración española y sus logros en ámbitos como la ciencia o la gobernanza. El problema planteado en la historiografía internacional entre la tesis de las muchas ilustraciones nacionales frente a la visión que destaca el cosmopolitismo de la República de las Letras encuentra en el caso español una relevancia especial, como este volumen ayuda a poner de manifiesto.

Juan Luis Sima
(*Universität Potsdam, Alemania*)

Juan Ramón Jiménez: *Idilios*. Prólogo de Antonio Colinas; edición de Rocío Fernández Berrocal. Sevilla: La Isla de Siltolá 2012. 223 páginas.

Juan Ramón Jiménez escoge este título, breve, tan solo una palabra, para un libro que nunca fue publicado como tal y

que contiene los primeros ensayos de una poesía pura que se consolida en su obra posterior.

Idilios no es solamente un título que aporte semánticamente el asunto que vertebra los textos que lo componen, el amor. El “idilio” es un motivo literario clásico en el que se reconoce un subgénero bucólico de carácter metafísico. Se recupera para asociarlo a momentos de crisis personal, aunque también el idilio es la arcadia, el pastor que cuenta sus cuitas amorosas. Apuntes que proporciona Rocío Fernández Berrocal, editora del volumen, a los lectores, quienes pueden ver en él un ejemplo más del escaso azar que es la obra juanramoniana.

Apuntar la relevancia o impacto de este libro, lejos de ser innecesario se presenta imprescindible en las letras hispánicas. Tan solo en el mercado editorial unos meses y ya recibió una grata acogida y una más que suficiente noticia en blogs literarios, diarios, revistas culturales y páginas que se hicieron eco de la publicación.

Sabida es la profusa edición de la obra juanramoniana, incontables los volúmenes que a uno y otro lado del Atlántico se publican sobre distintas obras. Los lectores de Juan Ramón, a los que se nos puede considerar acólitos del poeta, sabemos de la incontable aparición de ediciones que apenas añaden algún aspecto novedoso para hacerse un hueco en el ingente panorama literario del de Moguer, todos consideramos que tenemos algo nuevo que decir. Una obra tan extensa ha dado y dará abundantes publicaciones. Sin embargo, la edición de *Idilios* es más que justificada. En la “Introducción”, Rocío Fernández Berrocal desentraña con claridad la desconocida composición de los textos. Rescatado de la ingente documentación del poeta depositada en el Archivo Histórico Nacional y proveniente de la Universidad de Río Piedras, el libro